

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalent*

Año L, número 28 (2.575)

Ciudad del Vaticano

13 de julio de 2018

Viaje apostólico a Bari

Las raíces de nuestras almas

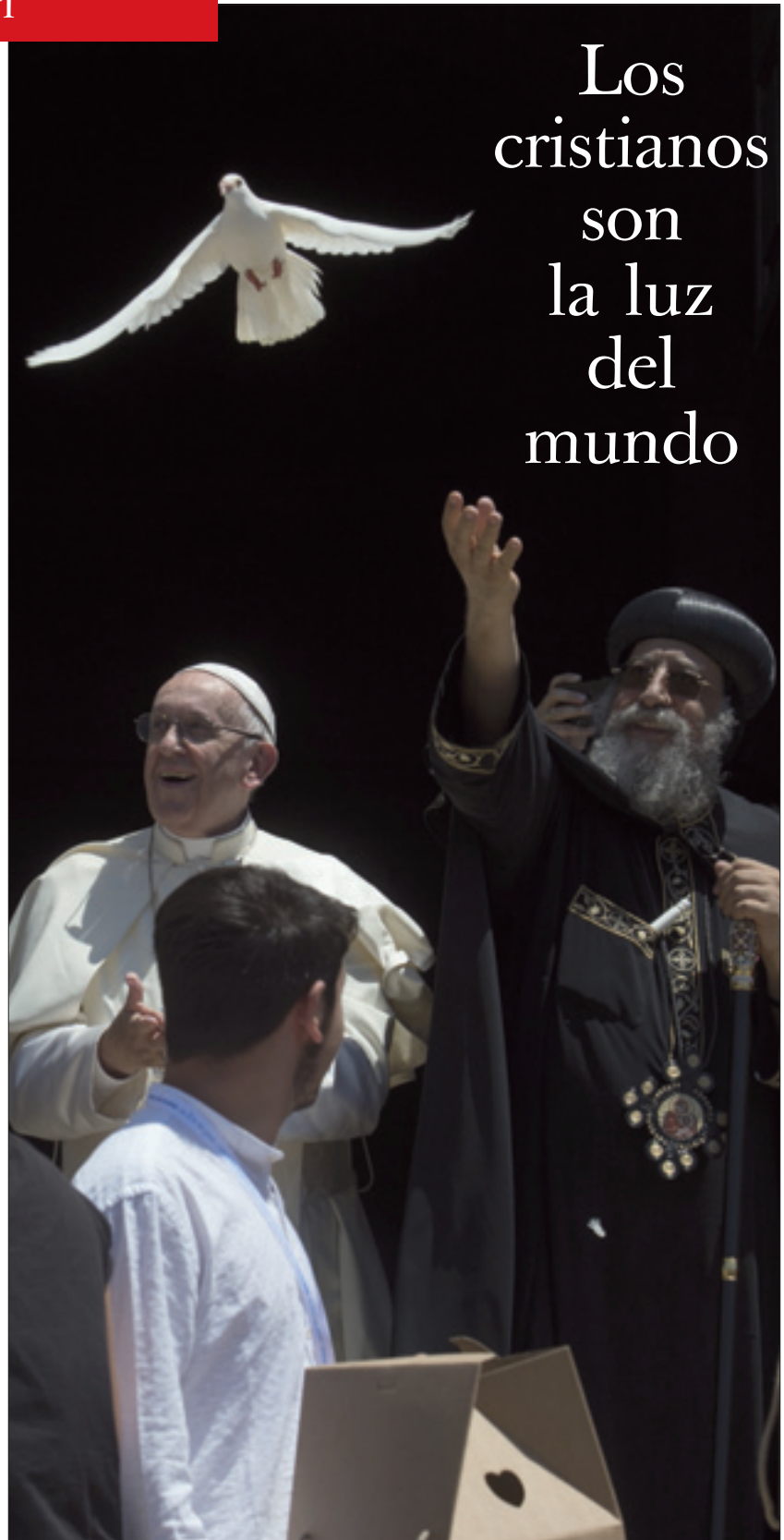
Nunca quizás se había levantado con tanta fuerza la voz del Pontífice para implorar la paz en el Oriente Próximo y Medio y denunciar la dramática situación de las minorías cristianas que corren el riesgo de ser suprimidas. Y nunca quizá habían sido tan numerosos y autorizados los representantes del resto de Iglesias que se han unido al Papa de Roma durante el encuentro ecuménico, de sabor casi sinodal, que tuvo lugar en una ciudad puerta de oriente como Bari, donde se conservan las reliquias del santo obispo Nicolás, desde hace muchos siglos querido por las diferentes confesiones cristianas. Bajo la protección de la *Odigitria*, la Madre de Dios «que muestra el camino», es decir a Cristo.

Desde los primeros siglos la importancia de la región, «encrucijada de civilizaciones y cuna de las grandes religiones monoteístas», es fundamental para la tradición cristiana, y Francisco lo dijo de nuevo abriendo la oración ecuménica. «Allí nos visitó el Señor, “sol que nace de lo alto”. Desde allí, la luz de la fe se propagó por el mundo entero. Allí han surgido los frescos manantiales de la espiritualidad y del monacato. Allí se conservan ritos antiguos únicos e inestimables riquezas del arte sacro y de la teología; allí pervive la herencia de los grandes Padres en la fe» recalcó. Un tesoro que debe ser custodiado «con todas nuestras fuerzas, porque en Oriente Medio están las raíces de nuestras mismas almas».

Pero en estas tierras atormentadas se ha concentrado «una densa nube de tinieblas: guerra, violencia y destrucción, ocupaciones y diversas formas de fundamentalismo, migraciones forzosas y abandono, y todo esto en medio del silencio de tantos y la complicidad de muchos» constató con amargura Bergoglio. Oriente Medio, así, «se ha vuelto una tierra de gente que deja la propia tierra. Y existe el riesgo de que se extinga la presencia de nuestros hermanos y hermanas en la fe, desfigurando el mismo rostro de la región, porque un Oriente Medio sin cristianos no sería Oriente Medio» denunció el Pontífice, subrayando así la realidad, históricamente innegable, de que el cristianismo es intrínseco en esta parte del mundo.

Sobre ella el Papa invocó la paz repitiendo que «la indiferencia mata, y nosotros queremos ser una voz que combate el homicidio de la indiferencia», voz también de cuantos pueden «solo tragarse las lágrimas» mientras otros pisotean la región «en busca de poder y riquezas». La denuncia de Bergoglio se hizo más fuerte después del largo diálogo con los representantes de otras Iglesias cristianas en la basílica de San Nicolás. «¡Basta del beneficio de unos pocos a costa de la piel de muchos! ¡Basta de las ocupaciones de las tierras que desgarran a los pueblos! ¡Basta con el prevalecer de las verdades parciales a costa de las esperanzas de la gente! ¡Basta de usar a Oriente Medio para obtener beneficios ajenos a Oriente Medio!» exclamó, volviendo a condenar el fundamentalismo y el fanatismo que con «pretextos religiosos, han blasfemado en realidad el nombre de Dios», la carrera de rearme, la sed de ganancia y el super poder del mercado de la energía. Las minorías deben ser tuteladas, pidió el Papa. Y hay que preservar de disputas y tensiones la ciudad santa por excelencia, Jerusalén «cuyo *status quo* exige que sea respetado» según las deliberaciones internacionales y las peticiones de las comunidades cristianas, mientras que la humanidad debe escuchar «el grito de los niños». Para que, como después del diluvio, pueda volver la esperanza y Oriente Medio se transforme en «un arca de paz».

g.m.v.



Los cristianos son la luz del mundo

La semana del Papa

Prójimos



El buen samaritano también sos vos cuando sabés descubrir el rostro de Cristo en aquel que está a tu lado

(@pontifex_es, 10 de julio, 09:30)

Paz



Que el Dios de todo consuelo, que sana los corazones destrozados y venda las heridas, escuche nuestra oración: ¡Paz en Oriente Medio!

(@pontifex_es, 7 de julio, 09:30)

Unidad



Los sufrimientos de tantos hermanos y hermanas perseguidos a causa del Evangelio son un llamado urgente para que los cristianos estemos más unidos

(@pontifex_es, 6 de julio, 09:30)

Voz de Dios



¿Sabemos hacer silencio en el corazón para escuchar la voz de Dios?

(@pontifex_es, 5 de julio, 09:30)

Hacia los países bálticos

Cuatro días en los tres países bálticos, del 22 al 25 de septiembre, durante los cuales el Papa Francisco pronunciará una quincena de discursos, homilías y saludos: el programa del viaje internacional a Lituania, Letonia y Estonia, vigésimo quinto del pontificado se dio a conocer el jueves 5 de julio. La primera etapa en tierra lituana será la más larga: el Papa se quedará allí el sábado 22 y el domingo 23, visitando las dos principales ciudades del país. El sábado 22 en el aeropuerto internacional de Vilna, tendrá lugar una ceremonia de bienvenida, seguida de una visita de cortesía a la presidenta de Lituania y el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático en la plaza frente al Palacio Presidencial. Por la tarde, Francisco rezará en el santuario de *Mater Misericordiae* y se encontrará con los jóvenes en la catedral. El domingo 23 desde la capital, el Papa llegará a Kaunas en coche, para celebrar la misa en el parque de Santakos y, después del Angelus, almorzará con los obispos lituanos en el Palacio de la Curia. Por la tarde, hablará al clero, a las consagradas y a los seminaristas en la catedral, y luego regresará a Vilna para una oración en el museo de las ocupaciones y las luchas por la libertad. El lunes 24 se trasladará en avión a Riga, donde tendrá lugar la ceremonia de bienvenida en el patio del Palacio Presidencial: se realizará la visita de cortesía al presidente de Letonia y el habitual discurso a las autoridades del país, que precederá al depósito de un tributo floral en el monumento de la libertad, un encuentro ecuménico en Rīgas Doms, la catedral protestante, y una visita a la católica dedicada a Santiago. Después del almuerzo con el episcopado en la casa arquidiocesana de la Sagrada Familia, el Papa viajará en helicóptero al santuario de la Madre de Dios en Aglona para la celebración eucarística. Finalmente, el martes 25, está en programa la despedida de Lituania en el aeropuerto de la capital, la transferencia en avión a Tallín, con una ceremonia de bienvenida, una visita al jefe de estado y un discurso ante las autoridades es-

tonias en el Palacio Presidencial; una reunión ecuménica con los jóvenes en la iglesia luterana de San Carlo y el almuerzo en el convento de las monjas brigittinas en Pirta. Finalmente, el Papa saludará a los asistentes de las obras de caridad de la Iglesia en la catedral católica de los Santos Pedro y Pablo y celebrará la misa en la plaza de la Libertad.

Dos siglos de fe

El pasado 19 de mayo el Papa nombró al cardenal Gérald Cyprien Lacroix, arzobispo de Québec, enviado especial suyo a la celebración que se llevará a cabo el 15 de julio, del segundo centenario de la evangelización del oeste y el norte de Canadá, a partir de la llegada del padre Norbert Provencher y sus compañeros misioneros a la actual diócesis de Saint-Boniface. La misión pontificia que guiará el purpurado estará compuesta por monseñor Albert Fréchette, miembro del colegio de consultores y rector de la catedral de Saint-Boniface y por Carl Tamopolski, vicario general de la misma arquidiócesis. El sábado 7 de julio se publicó la carta papal del nombramiento.

Pésame por la muerte del cardenal Tauran

Francisco envió un telegrama de pésame el 6 de julio por la muerte el día anterior del cardenal Jean-Louis Tauran. Tenía 75 años y falleció en Estados Unidos, donde se encontraba para recibir tratamiento médico. Era el presidente del Pontificio consejo para el diálogo interreligioso y camarlengo de la Santa Iglesia Romana. Cuando el Pontífice recibió la noticia envió una nota a la hermana del fallecido, Geneviève Dubert en el que le hacía llegar sus condolencias. «Al recibir con tristeza la noticia de la muerte de su hermano, Su Eminencia el cardenal Jean-Louis Tauran, quiero expresar mis condolencias y mi unión en la oración a los miembros de su familia y a todos los afectados por esta pérdida», escribe el Papa. Y continúa: «El cardenal Jean-Louis Tauran, que encomiendo a la misericordia de Dios, ha marcado profundamente la vida de la Iglesia universal. Entrado en el servi-

cio diplomático de la Santa Sede ejerció con competencia, entre otras la función de Secretario para las Relaciones con los Estados. Nombrado por el Papa Benedicto XVI a encabezar el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, fue un consejero escuchado y apreciado en particular gracias a las relaciones de confianza y de estima que supo construir con el mundo musulmán. En razón de su sentido de servicio y de su amor por la Iglesia, lo nombré camarlengo de la Santa Iglesia Romana. Guardo un recuerdo conmovedor de este hombre de fe profunda que ha servido valerosamente hasta el final a la Iglesia de Cristo, a pesar del peso de su enfermedad. ¡Que el Señor acoga a su siervo en su paz y en la alegría que nunca termina! En prenda de consuelo, le envío, señora, la bendición apostólica, así como a toda su familia, al Colegio de cardenales, y a todos los parientes del difunto cardenal, a los pastores y fieles de la archidiócesis de Burdeos al igual que a todas las personas que tomen parte en la celebración de sus exequias». El funeral tuvo lugar el jueves 12 de julio, en la basílica vaticana, con la presencia del Pontífice.

Por las víctimas de las inundaciones en Japón

El 9 de junio el Papa envió un telegrama de pésame por las víctimas de las inundaciones que han golpeado Japón esta semana. En un texto enviado a las autoridades eclesiales locales por el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin en nombre del Papa, el Pontífice se declara «profundamente entristecido al enterarse de la pérdida de vidas humanas y los graves daños causados por las inundaciones y fuertes lluvias». El Papa expresa «su más sincera solidaridad con todos los afectados por esta tragedia» y reza «especialmente por el reposo de los fallecidos, la recuperación de los heridos y el consuelo de todos los que sufren». También alienta a las autoridades civiles y a todas las personas involucradas en las actividades de búsqueda y rescate que ayudan a las víctimas. E invoca sobre todos ellos «abundantes bendiciones».

En el Ángelus el Pontífice recuerda la jornada ecuménica vivida en Bari con los patriarcas

Cristianos unidos por la paz en Oriente Medio

«Un signo elocuente de unidad de los cristianos»: Así el Papa recordó en el Ángelus del 8 de julio el encuentro de oración y de reflexión por la paz en Oriente Medio que presidió el día anterior en Bari. Antes, comentando como habitualmente el evangelio dominical (Marcos 6, 1-6) para los fieles presentes en la plaza San Pedro, el Pontífice hizo referencia a santa Teresa de Calcuta para subrayar cómo «la pequeñez de una mujer revolucionó la obra de la caridad en la Iglesia».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La página evangélica del día (cf. Marcos 6, 1-6) presenta a Jesús cuando vuelve a Nazaret y un sábado comienza a enseñar en la sinagoga. Desde que había salido de Nazaret y comenzó a predicar por las aldeas y los pueblos vecinos, no había vuelto a poner un pie en su patria.

Ha vuelto. Por lo tanto, irá todo el vecindario a escuchar a aquel hijo del pueblo cuya fama de sabio maestro y de poder sanador se difundió por toda la Galilea y más allá. Pero lo que podría considerarse como un éxito, se transformó en un clamoroso rechazo, hasta el punto que Jesús no pudo hacer ningún prodigio, tan solo algunas curaciones (cf. v. 5).

La dinámica de aquel día está reconstruida al detalle por el evangelista Marcos: la gente de Nazaret primero escucha y se queda asombrada; luego se pregunta perpleja: «¿de dónde vienen estas cosas?», ¿gesta sabiduría?, y finalmente se escandaliza, reconociendo en Él al carpintero, el hijo de María, a quien vieron crecer (vv. 2-3).

Por eso, Jesús concluye con la expresión que se ha convertido en proverbial: «un profeta solo en su patria, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio» (v. 4). Nos preguntamos: ¿Por qué los compatriotas de Jesús pasan de la maravilla a la incredulidad? Hacen una comparación entre el origen humilde de Jesús y sus capacidades actuales: es carpintero, no ha estudiado, sin embargo, predica mejor que los escribas y hace milagros.

Y en vez de abrirse a la realidad, se escandalizan: ¡Dios es demasiado grande para rebajarse a hablar a través de un hombre tan simple! Es el escándalo de la encarnación: el evento desconcertante de un Dios hecho carne, que piensa con una mente de hombre, trabaja y actúa con manos de hombre, ama con un corazón de hombre, un Dios que lucha, come y duerme como cada uno de nosotros.

El Hijo de Dios da la vuelta a cada esquema humano: nos son los discípulos quienes lavaron los pies al Señor, sino que es el Señor quien lavó los pies a los discípulos (cf. Juan 13, 1-20). Este es un motivo de escándalo y de incredulidad no solo en aquella época, sino en cada época, también hoy. El cambio hecho por Jesús compromete a sus discípulos de ayer y de hoy a una verificación personal y comunitaria. También en nuestros días, de hecho, puede pasar que se alimenten prejuicios que nos impiden captar la realidad. Pero el Señor nos invita a asumir una actitud de escucha humilde y de espera dócil, porque la gracia de Dios a menudo se nos presenta de maneras sorprendentes, que no se corresponden con nuestras expectativas. Pensemos juntos en la Madre Teresa di Calcuta, por ejemplo. Una hermana pequeña —nadie daba diez lirras por ella— que iba por las calles

recogiendo moribundos para que tuvieran una muerte digna. Esta pequeña hermana, con la oración y con su obra hizo maravillas. La pequeñez de una mujer revolucionó la obra de la caridad en la Iglesia. Es un ejemplo de nuestros días. Dios no se ajusta a los prejuicios. Debemos esforzarnos en abrir el corazón y la mente, para acoger la realidad divina que viene a nuestro encuentro. Se trata de tener fe: la falta de fe es un obstáculo para la gracia de Dios.

Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y signos de fe, pero no corresponden a una verdadera adhesión a la persona de Jesús y a su Evangelio. Cada cristiano —todos nosotros, cada uno de nosotros— está llamado a profundizar en esta pertenencia fundamental, tratando de testimoniarla con una conducta coherente de vida, cuyo hilo conductor será la caridad. Pidamos al Señor, que por intercesión de la Virgen María, deshaga la dureza de los corazones y la estrechez de las mentes, para que estemos abiertos a su gracia, a su verdad y a su misión de bondad y misericordia, dirigida a todos, sin exclusión.

Al finalizar la oración mariana, después de haber hablado de la jornada ecuménica en la capital de Apulia, Francisco recordó el Domingo del Mar, dedicado a los marineros y a los pescadores y saludó a los diferentes grupos de peregrinos.

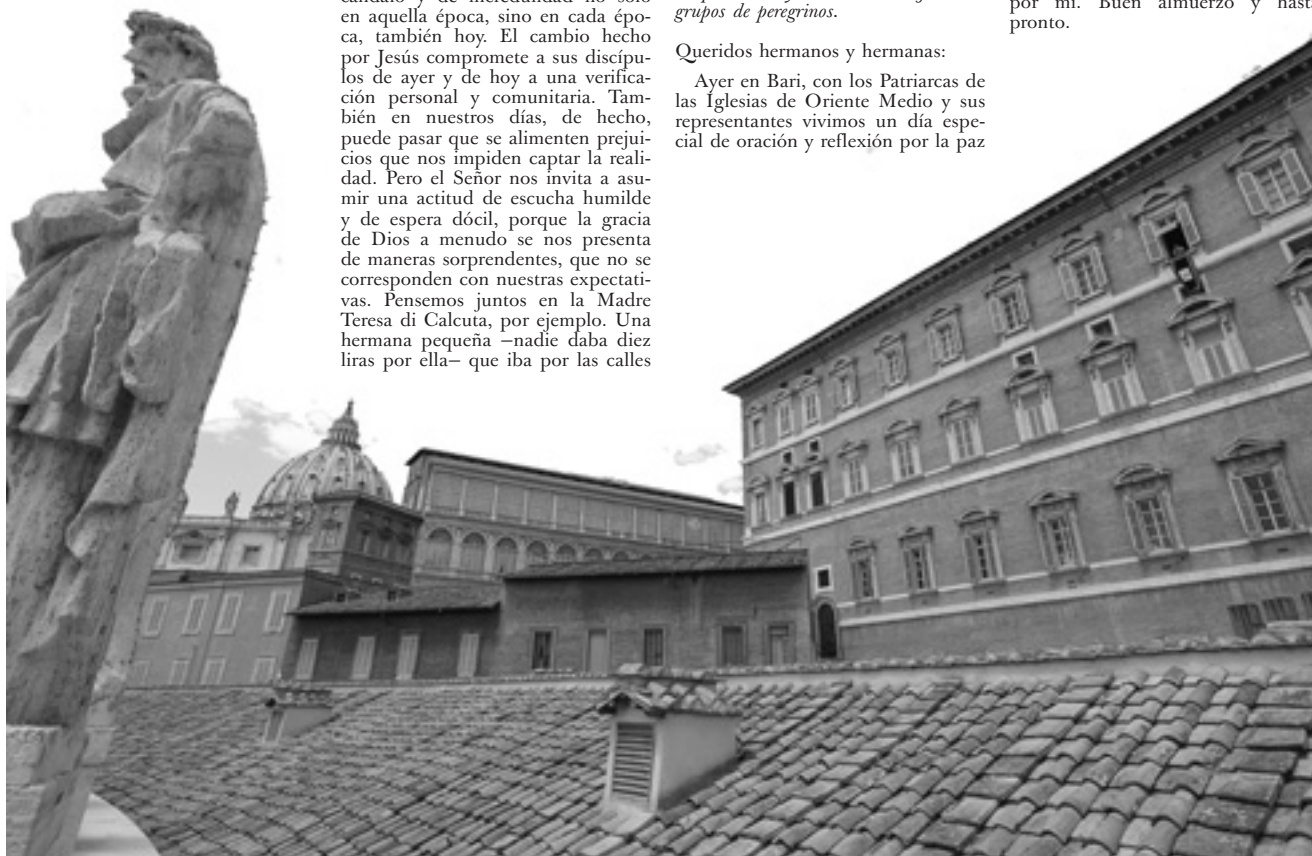
Queridos hermanos y hermanas:

Ayer en Bari, con los Patriarcas de las Iglesias de Oriente Medio y sus representantes vivimos un día especial de oración y reflexión por la paz

en esa región. Doy gracias a Dios por este encuentro que ha sido un signo elocuente de unidad de los cristianos, y ha visto la participación entusiasta del pueblo de Dios. Agradezco una vez más a los hermanos Jefes de las Iglesias y a quienes los han representado; agradezco al arzobispo de Bari, a los colaboradores y a todos los fieles que nos acompañaron y sostuvieron con la oración y con la alegre presencia.

Hoy es el «Domingo del Mar», dedicado a los marineros y a los pescadores. Rezo por ellos y por sus familias, como también por los capellanes y los voluntarios del Apostolado del mar. Un recuerdo particular para aquellos que en el mar viven situaciones de trabajo indigno, como también para quienes se ocupan de liberar los mares de la contaminación. Os dirijo un saludo cordial a todos vosotros, romanos y peregrinos. Saludo a los fieles llegados de Polonia, con un pensamiento especial para los participantes a la gran peregrinación anual de la familia de Radio María al Santuario de Czestochowa. Saludo a los chicos monaguillos de Filipinas con sus familiares; a los jóvenes de Padua, al grupo de estudiantes y maestros de Brescia y a los scouts de Pont-Saint-Martin, en el Valle de Aosta. Y veo banderas brasileñas... Saludo a los brasileños y ¡ánimo! ¡otra vez será!

Os deseo a todos un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.



Misa para los migrantes al cumplirse cinco años de la visita a Lampedusa

La solidaridad es la única respuesta

«Frente a los desafíos migratorios de hoy, la única respuesta sensata es la de la solidaridad y la misericordia; una respuesta que no hace demasiados cálculos, pero exige una división equitativa de las responsabilidades, un análisis honesto y sincero de las alternativas y una gestión sensata». Lo subrayó el Pontífice en la homilía de la misa para los migrantes celebrada en la basílica vaticana el viernes por la mañana, 6 de julio, al cumplirse cinco años de la histórica visita a Lampedusa.

«Escuchad esto, los que pisoteáis al pobre y elimináis a los humildes [...]. Vienen días en que enviaré hambre al país: [...] hambre de escuchar las palabras del Señor» (Am 8, 4-11).

La advertencia del profeta Amós resulta aún hoy de candente actualidad. Cuántos pobres hoy son pisoteados. Cuántos pequeños son exterminados. Todos son víctimas de esa cultura del descarte que ha sido denunciada tantas veces. Y entre ellos, no puedo dejar de mencionar a los emigrantes y refugiados, que continúan llamando a las puertas de las naciones que gozan de mayor bienestar.

Hace cinco años, durante mi visita a Lampedusa, recordando a las víctimas de los naufragios, me hice eco de ese perenne llamamiento a la responsabilidad humana: «¿Dónde está tu hermano?, la voz de su sangre grita hasta mí», dice Dios. Ésta no es una pregunta dirigida a otros, es una pregunta dirigida a mí, a ti, a cada uno de nosotros» (Homilía, Visita a Lampedusa, 8 julio 2013). Lamentablemente, las respuestas a este llamamiento —aun siendo generosas— no han sido suficientes, y hoy nos encontramos llorando a millares de muertos.

El Evangelio que hoy ha sido proclamado incluye la invitación de Jesús: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré». El Señor promete alivio y liberación a todos los oprimidos del mundo, pero tiene necesidad de nosotros para que su promesa sea eficaz. Necesita nuestros ojos para ver las necesidades de los hermanos y las hermanas. Necesita nuestras manos para prestar ayuda. Necesita nuestra voz para denunciar las injusticias cometidas en el silencio —a veces cómplice— de muchos. En efecto, tendría que hablar de muchos silencios: el silencio del sentido común, el silencio del «siempre se ha hecho así», el silencio del «nosotros» contrapuesto al «vosotros». El Señor necesita sobre todo nuestro corazón para manifestar el amor misericordioso de Dios hacia los últimos, los rechazados, los abandonados, los marginados.

En el Evangelio de hoy, Mateo narra el día más importante de su vida, en el que fue llamado por el Señor. El evangelista recuerda claramente el reproche de Jesús a los fariseos, que se dan con facilidad a retorcidas murmuraciones: «Andad, aprended lo que significa "Misericordia quiero y no sacrificio"» (9, 13). Es una acusación directa contra la hipocresía estéril de quien no quiere «ensuciarse las manos», como el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano. Se trata de una tentación muy frecuente también en nuestros días, que se traduce en una cerrazón respecto a quienes tienen derecho, como nosotros, a la seguridad y a una condición de vida digna, y que construye muros —reales o imaginarios— en vez de puentes.

Frente a los desafíos migratorios de hoy, la única respuesta sensata es la de la solidaridad y la misericordia; una respuesta que no hace demasiados cálculos, pero exige una división equitativa de las responsabilidades, un análisis honesto y sincero de las alternativas y una gestión sensata. Una política justa es

la que se pone al servicio de la persona, de todas las personas afectadas; que prevé soluciones adecuadas para garantizar la seguridad, el respeto de los derechos y de la dignidad de todos; que sabe mirar al bien del propio país teniendo en cuenta el de los demás países, en un mundo cada vez más interconectado. Es este mundo al que miran los jóvenes.

El salmista nos ha indicado cuál es la actitud apropiada que en conciencia se ha de asumir delante de Dios: «Escogí el camino verdadero, deseé tus mandamientos» (v. 30). Un compromiso de fidelidad y de recto juicio que deseamos llevar adelante junto a los gobernantes de la tierra y a las personas de buena voluntad. Por eso seguimos con atención el trabajo de la comunidad internacional para responder a los desafíos que plantean las migraciones contemporáneas, armonizando con sabiduría la solidaridad y la subsidiaridad e identificando responsabilidades y recursos. Deseo concluir con algunas

palabras en español, dirigidas particularmente a los fieles que han venido de España. Quise celebrar el quinto aniversario de mi visita a Lampedusa con ustedes, quienes representan a los socorristas y a los rescatados en el Mar Mediterráneo. A los primeros quiero expresar mi agradecimiento por encarnar hoy la parábola del Buen Samaritano, quien se detuvo a salvar la vida del pobre hombre golpeado por los bandidos, sin preguntarle cuál era su procedencia, sus razones de viaje o sus documentos... simplemente decidió hacerse cargo y salvar su vida. A los rescatados quiero reiterar mi solidaridad y aliento, ya que conozco bien las tragedias de las que se están escapando. Les pido que sigan siendo testigos de la esperanza en un mundo cada día más preocupado de su presente, con muy poca visión de futuro y reacio a compartir, y que con su respeto por la cultura y las leyes del país que los acoge, elaboren conjuntamente el camino de la integración.

Pido al Espíritu Santo que ilumine nuestra mente y encienda nuestro corazón para superar todos los miedos y las inquietudes y nos transforme en instrumentos dóciles del amor misericordioso del Padre, dispuestos a dar la propia vida por los hermanos y las hermanas, como lo hizo Nuestro Señor Jesucristo por cada uno de nosotros.



Llamamiento del Pontífice en el tercer aniversario de la encíclica sobre el cuidado de la casa común

El grito angustiado de la tierra

«Todos los gobiernos deberían esforzarse por cumplir los compromisos asumidos en París» en 2015 «para evitar las peores consecuencias de la crisis climática». Es el llamamiento dirigido por el Papa —en la audiencia que tuvo lugar el viernes por la mañana, 6 de julio, en la Sala Clementina— a los participantes de la

conferencia convocada en el Vaticano en el tercer aniversario de la *Laudato si'*. En particular el Pontífice exhortó a reservar un espacio especial a dos grupos de personas que están en primera línea en el desafío ecológico integral: «los jóvenes y las poblaciones indígenas, especialmente las de la Amazonía».

Señores cardenales, eminencia, queridos hermanos y hermanas, ilustres señores y señoras:

Os doy a todos mi bienvenida, con motivo de la Conferencia Internacional convocada en el tercer aniversario de la publicación de la encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado del casa común. Quisiera saludar de forma especial a Su Eminencia el arzobispo Zizoulas porque fue él, junto con el cardenal Turkson, quien presentó la encíclica hace tres años. Gracias por haberos reunido a «escuchar con el corazón» los gritos cada vez más angustiosos de la tierra y de sus pobres en busca de ayuda y responsabilidad, y para atestiguar la gran urgencia de acoger la llamada de la Encíclica a un cambio, a una conversión ecológica. El vuestro es el testimonio del compromiso inaplazable de actuar concretamente para salvar la Tierra y la vida en ella, partiendo del presupuesto de que «todo está conectado» concepto-guía de la Encíclica, en la base de la ecología integral. También en esta perspectiva podemos leer la llamada que Francisco de Asís recibió del Señor en la iglesia de San Damiano: «Ve, repara mi casa, que, como ves, está en ruinas». Hoy, también la «casa común» que es nuestro planeta necesita urgentemente ser reparada y asegurada para un futuro sostenible.

En las últimas décadas, la comunidad científica ha elaborado, en ese sentido, evaluaciones cada vez más precisas. «El ritmo de consumo, de desperdicio y de alteración del medio ambiente ha superado las posibilidades del planeta, de tal manera que el estilo de vida actual, por ser insostenible, sólo puede terminar en catástrofes, como de hecho ya está ocurriendo periódicamente en diversas regiones». (Enc. *Laudato si'*, 161). Hay un peligro real de dejar a las generaciones futuras escombros, desiertos y suciedad. Por lo tanto, espero que esta preocupación por el estado de nuestra casa común se traduzca en una acción orgánica y concertada de ecología integral. De hecho, «la atenuación de los efectos del actual desequilibrio depende de lo que hagamos ahora» (*ibid.*). La humanidad tiene el conocimiento y los medios para colaborar con este propósito y, con responsabilidad, «cultivar y proteger» la Tierra de manera responsable. En este sentido, es significativo que vuestra discusión también se refiera a algunos eventos clave del año en curso. La cumbre climática COP24, programada en Katowice (Polonia) en diciembre próximo, puede ser un hito en el camino trazado por el Acuerdo de París de 2015. Todos sabemos que hay mucho por hacer para implementar ese Acuerdo. Todos los gobiernos deberían esforzarse por cumplir los compromisos asumidos en París para evitar las peores consecuencias de la crisis climática. «La reducción de gases de efecto invernadero requiere honestidad, valentía y responsabilidad, sobre todo de los países más poderosos y más contaminantes» (*ibid.*, 169). No podemos permitirnos perder tiempo en este proceso. Además de los Estados, también están interpelados otros actores: autoridades locales, grupos de la sociedad civil, instituciones económicas y religiosas pueden fomentar la cultura y la práctica ecológica integral. Espero que eventos como, por ejemplo, la Cumbre Mundial de Acción Climática, programada para el 12 y 14 de septiembre en San Francisco, ofrezcan respuestas adecuadas, con el apoyo de los grupos de presión de los ciudadanos de todo el mundo. Como afirmamos junto con Su Santidad el Patriarca Eumeciano Bartolomé, «no puede haber una solución sincera y duradera al desafío de la crisis ecológica y del cambio climático si no se da una respuesta concordada y colectiva, si la res-

pensabilidad no es compartida y responsable, si no damos prioridad a la solidaridad y al servicio». (*Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por la Creación*, 1 de septiembre de 2017).

Las instituciones financieras también juegan un papel importante tanto como parte del problema como de su solución. Se necesita un cambio en el paradigma financiero para promover el desarrollo humano integral. Las organizaciones internacionales, como, por ejemplo, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, pueden favorecer reformas efectivas para un desarrollo más inclusivo y sostenible. La esperanza es que «las finanzas [...] vuelvan a ser un instrumento encaminado a producir mejor riqueza y desarrollo». (Benedicto XVI, Enc. *Caritas in veritate*, 65), así como el cuidado del medio ambiente.

Todas estas acciones presuponen una transformación a un nivel más profundo, es decir, un



cambio de los corazones, un cambio de las conciencias. Como decía san Juan Pablo II: «Es necesario [...] estimular y apoyar la conversión ecológica» (*Catequesis*, 17 de enero de 2001). Y en esto las religiones, en particular las Iglesias cristianas, tienen un papel clave que desempeñar. La Jornada de Oración por la Creación y las iniciativas relacionadas con ella, comenzadas en el seno de la Iglesia ortodoxa, se están difundiendo en las comunidades cristianas de todo el mundo. Por último, la confrontación y el compromiso por nuestra casa común deben reservar un espacio especial a dos grupos de personas que están en primera línea en el desafío ecológico integral y que serán el tema central de los próximos dos Sínodos de la Iglesia católica: los jóvenes y las poblaciones indígenas, especialmente las de la Amazonía. Por un lado, «los jóvenes nos reclaman un cambio. Ellos se preguntan cómo es posible que se pretenda construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del ambiente y en los sufrimientos de los excluidos». (*Laudato si'*, 13). Son los jóvenes quienes deberán enfrentar las consecuencias de la actual crisis ambiental y climática. Por lo tanto, la solidaridad intergeneracional no es «una actitud opcional, sino de una cuestión básica de justicia, ya que la tierra que recibimos pertenece también a los que vendrán» (*ibid.*, 159). Por otro lado, «es indispensable prestar especial atención a las comunidades aborígenes con sus tradiciones culturales» (*ibid.*, 146). Es triste ver las tierras de los pue-

blo indígenas expropiadas y sus culturas pisoteadas por una actitud depredadora, por nuevas formas de colonialismo, alimentadas por la cultura del derroche y el consumismo (cfr. Sínodo de los Obispos, *Amazonia: Nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*, 8 de junio de 2018). «Para ellos, la tierra no es un bien económico, sino que es don de Dios y de los antepasados que descansan en ella, un espacio sagrado con el cual necesitan interactuar para sostener su identidad y sus valores» (*Laudato si'*, 146). ¡Cuánto podemos aprender de ellos! La vida de los pueblos indígenas es «memoria viva de la misión que Dios nos ha encomendado a todos: cuidar la Casa Común» (*Discurso en el encuentro con los pueblos indígenas*, Puerto Maldonado 19 de enero, 2018).

Queridos hermanos y hermanas, los desafíos abundan. Expreso mi más sincera gratitud por nuestro trabajo al servicio del cuidado de la crea-

ción y de un futuro mejor para nuestros hijos y nietos. A veces puede parecer una tarea difícil, ya que «hay demasiados intereses particulares y muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común y a manipular la información para no ver afectados sus proyectos» (*Laudato si'*, 54); pero «los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, también pueden sobreponerse, volver a optar por el bien y regenerarse, más allá de todos los condicionamientos mentales y sociales que les impongan» (*ibid.*, 205). Por favor, seguid trabajando por un «cambio radical a la altura de las circunstancias» (*ibid.*, 171). «La injusticia no es invencible» (*ibid.*, 74).

Que san Francisco de Asís continúe inspirándonos y guiándonos en este camino y que «nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten el gozo de la esperanza» (*ibid.*, 244). Después de todo, el fundamento de nuestra esperanza descansa en la fe en el poder de nuestro Padre Celestial. Él, «que nos convoca a la entrega generosa y a darle todo, nos ofrece las fuerzas y la luz que necesitamos para salir adelante. En el corazón de este mundo sigue presente el Señor de la vida que nos ama tanto. Él no nos abandona, no nos deja solos, porque se ha unido definitivamente a nuestra tierra, y su amor siempre nos lleva a encontrar nuevos caminos. Alabado sea». (*ibid.*, 245).

Os bendigo. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí.

En las raíces de la consagración femenina

Se titula «*Ecclesiae Sponsae Imago*» la instrucción sobre el «*Ordo virginum*» de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica difundida el miércoles 4 de julio. Publicamos en esta página el texto con el que el arzobispo secretario presentó el documento que el Papa Francisco aprobó el pasado 8 de junio, solemnidad del Sagrado corazón de Jesús. Está disponible en cuatro idiomas (italiano, inglés, francés y español). Lo publica la Libreria editora vaticana (Ciudad del Vaticano, 2018, 125 páginas, 8 euros).

JOSÉ RODRÍGUEZ CARRALLO

Llegados a la víspera de la celebración del 50 aniversario de la restauración del antiguo *Ordo virginum* querido por el beato Pablo VI en 1970, y considerando el gran desarrollo de esta forma de vida consagrada en el mundo, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica ha querido ofrecer a todos los obispos, las vírgenes consagradas, las mujeres en formación y a los que están interesados en esta vocación peculiar un documento de orientación y promoción.

La Instrucción *Ecclesiae Sponsae Imago* sobre el *Ordo virginum* es fruto de una amplia consulta, un trabajo sinodal en que han participado obispos, vírgenes



Audiencia a las hermanas Tórtinas de la Inmaculada

nes consagradas y expertos de todo el mundo que han ofrecido su contribución para poner de relieve las especificidades y las riquezas de esta forma de vida consagrada.

El contexto en el que se sitúa el documento, las razones de su publicación y sus objetivos se describen en la Introducción, después de una extensa premisa de carácter histórico, encaminada a resaltar las peculiaridades del *Ordo Virginum* y su original configuración eclesial.

Algunos pasajes en el Nuevo Testamento atestiguan que ya en las comunidades apostólicas, había mujeres que, eligiendo el carisma de la virginidad, lo abrazaron como una condición estable de vida para ocuparse con un corazón no dividido de las cosas del Señor. Junto con otras formas de vida ascética, la elección de la virginidad floreció de manera espontánea en todas las regiones en las que el cristianismo se extendió adoptando las características de un estado de vida públicamente reconocido en la Iglesia como el *Ordo virginum*, con una expresi-

ón análoga a las utilizadas para indicar los otros *Ordines* (*Ordo Episcoporum*, *Ordo Presbyterorum*, *Ordo diaconorum*, *Ordo viduarum*).

Refiriéndose a la enseñanza paulina, los Padres también daban a las vírgenes cristianas el título de *sponsa Christi*, que es propio de la Iglesia: en ellas, de hecho, veían reflejada la imagen de la Iglesia, virgen porque conserva intacta la fe, esposa porque está indisolublemente unida a Cristo su Esposo, madre porque el Crucificado Resucitado genera en ella la nueva vida según el Espíritu. Durante el período de las persecuciones, numerosas vírgenes cristianas hicieron frente al martirio; más tarde, su elección virginal siguió estando rodeada de una estima y una consideración particulares. Desde el siglo IV el ingreso en este estado de vida tenía lugar mediante el rito solemne de la *consecratio virginum*, presidido por el obispo diocesano. Las vírgenes consagradas se quedaban en su entorno familiar y social, y participaban activamente en la vida de la comunidad cristiana reunida en torno al obispo, manifestando el carácter escatológico de la Iglesia, la Esposa purificada y santificada por el amor del Esposo, vigilante a la espera de su regreso glorioso y anticipadora del encuentro con Él.

Durante la Edad Media, con la afirmación del monaquismo y por razones históricas y culturales complejas, las vírgenes consagradas se reunieron progresivamente en los monasterios y en el derecho canónico el estado de la vida consagrada femenina llegó a identificarse con la vida contemplativa de clausura. El rito de la *consecratio virginum*, utilizado sólo en algunos monasterios se enriquecía en la forma de su celebración, pero la pertenencia a la comunidad monástica mermaba el enraizamiento en la comunidad cristiana, característico de la edad primitiva y patristica, con su referencia directa a la autoridad episcopal. Con muy pocas excepciones, esta situación duró hasta el Concilio Vaticano II.

El impulso de renovación eclesial que precedió al Concilio suscitó también un nuevo interés por el rito de la *consecratio virginum* y sentó las bases para su revisión, dispuesta, a continuación en la *Sacrosanctum Concilium*, n. 80. Por mandato especial del beato Pablo, el 31 de mayo de 1970, la Congregación para el Culto Divino promulgó el nuevo *Ordo Consecrationis Virginum*, donde estaba prevista la posibilidad de consagrar también a las mujeres que permanecían en su entorno de vida habitual según la modalidad del antiguo *Ordo virginum*. El mismo texto litúrgico y las normas que contiene describen en los elementos esenciales la fisonomía y la disciplina de esta forma de vida consagrada, cuyo carácter institucional —propio y distinto del de los Institutos de Vida Consagrada— fue confirmado sucesivamente por la Iglesia latina en el *Código de Derecho Canónico* en el can. 604.

Reanudada después de muchos siglos y en un contexto histórico, social y eclesial radicalmente cambiado, esta consagración ha revelado una sorprendente fuerza de atracción. Hoy, cuando todavía no han pasado cincuenta años desde la promulga-



Francisco durante un encuentro en su viaje apostólico a Colombia

ción del *Ordo Consecrationis Virginum* hay vírgenes consagradas en los cinco continentes, en muchas diócesis, en contextos eclesiales y sociales muy diferentes entre sí. Durante el Año de la Vida Consagrada, una estadística, seguramente aproximada por defecto, estimó la presencia de más de cinco mil vírgenes consagradas en el mundo. Numerosos obispos diocesanos han promovido la reaparición de esta forma de vida consagrada, directamente encomendada a su cuidado pastoral.

La Congregación para la Vida Consagrada, que según la competencia que le es propia, les ha dirigido una atención constante, con la Instrucción *Ecclesiae Sponsae Imago* quiere responder a las solicitudes recibidas de diversas partes, con las indicaciones que orienten la acción de los obispos diocesanos en el cuidado pastoral del *Ordo virginum*. La elaboración del documento ha atesorado la experiencia de estas décadas, en las que resulta claramente que la identidad del *Ordo virginum* debe custodiarse respetando y valorando la diversidad de contextos eclesiales, culturales y sociales en los que se expresa el carisma, y teniendo en cuenta las situaciones locales.

La Instrucción se desarrolla en tres partes: la vocación y el testimonio del *Ordo virginum*; La configuración del *Ordo virginum* en las Iglesias particulares y en la Iglesia universal; El discernimiento vocacional y la formación para el *Ordo virginum*.

Partiendo de la base bíblica y cristológica de la virginidad consagrada, y teniendo como referencia constante el rito de consagración, la primera parte presenta el carisma, la fisonomía espiritual y la forma de vida asumida por las mujeres que constituyen el *Ordo virginum*. Se destaca la conexión inseparable entre la consagración bautismal, que inserta en la trama generativa y fraternal de las relaciones eclesiales, y la consagración virginal, por la cual la mujer se constituye como signo escatológico de la Iglesia esposa y en la condición virginal se abre al don de maternidad espiritual. La instrucción subraya la gratitud absoluta y el perfil mariano de esta vocación, recordando que la Virgen Madre de Dios es la *Virgo virginum*, madre, hermana y maestra de las vírgenes consagradas. Llamadas en la *sequetur Christi* a abrazar su estilo de vida casto, pobre y obediente, las consagradas se dedican a la oración, a la penitencia, a las obras de misericordia y al apostolado, cada una según sus propios carismas, aceptando el Evangelio como regla fundamental de su vida. El elemento peculiar de la *Ordo virginum*, que lo distingue de los Institutos de vida consagrada, es que el carisma de la virginidad se armoniza con el carisma propio de cada consagrada, lo que resulta en una amplia variedad de respuestas a la vocación, en una libertad creativa que exige sentido de responsabilidad y ejercicio de un serio discernimiento espiritual. Aunque pueda inspirarse en la riqueza de las diferentes espiritualidades de la Iglesia, el carisma virginal está plasmado principalmente por la meditación orante de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos y la Liturgia de las Horas: de este modo encuentran unidad y orientación no solamente otras prácticas de oración y ascetismo, sino también su concreto «acercarse prójimo» de las mujeres y los hombres de su tiempo. De hecho, la consagración las reserva a Dios sin desviarlas del entorno en el que viven. Pueden vivir solas, en familia, junto con otras personas consagradas o en otras situaciones favorables a la expresión de su vocación y a la realización de su proyecto concreto de vida. Se sustentan con los frutos de su trabajo, que eligen libremente y en el que se ponen al servicio del progreso integral de la sociedad. Manteniendo una mirada contemplativa sobre la realidad, participan de las alegrías y esperanzas, de la tristeza y las angustias de los hombres de su propio tiempo, especialmente de los más

pobres, y contribuyen a la renovación de la cultura de acuerdo con el espíritu del Evangelio.

En la segunda parte, dedicada a la configuración eclesial del *Ordo virginum*, la Instrucción se centra en las implicaciones prácticas del enraizamiento diocesano. Este es un vínculo especial de amor y pertenencia mutua: la consagrada se reconoce hija de una Iglesia particular, comparte su historia de santidad, y con sus dones contribuye a su edificación y participa en su misión. En esta perspectiva, además de la responsabilidad pastoral del obispo diocesano, se destaca que la pertenencia al *Ordo virginum*, si bien habitualmente vivida en condiciones de soledad, instaura profundas relaciones de comunión. Y porque el enraizamiento diocesano no consiste en una clausura particularista dentro de los confines de la diócesis, las consagradas se abren a los horizontes de la misión universal de la Iglesia y experimentan formas de comunión también en el campo supra-diocesano, tanto a nivel de las reagrupaciones de Iglesias particulares, con el apoyo de las respectivas Conferencias Episcopales, como a nivel de la Iglesia universal, en referencia a la Santa Sede y, en particular, a nuestro Dicasterio.

A la luz del enraizamiento diocesano, la segunda parte de la Instrucción considera después la permanencia temporal y los traslados a otras diócesis; la constitución eventual de fundaciones por el apoyo económico del *Ordo virginum* o de asociaciones y experiencias de vida en común; la posible participación en otras agregaciones eclesiales, las diferente hipótesis de separación del *Ordo virginum*.

La tercera parte de la Instrucción identifica los principios y criterios fundamentales para el discernimiento vocacional, la formación previa a la consagración y la formación permanente. Lo que se había explicado anteriormente acerca del *Ordo virginum* se replantea en clave pedagógica, evidenciando la primacía de la acción del Espíritu Santo, la responsabilidad de las mujeres llamadas a esta vocación, el sentido eclesial de los procesos de discernimiento y de formación. En particular, se delinea el papel del obispo diocesano, a quien incumbe la tarea de discernir la vocación de las aspirantes y candidatas; asegurar que cada una pueda recibir una minuciosa formación inicial; llevar a su cumplimiento el discernimiento relativo a la admisión a la consagración; presidir la celebración y, posteriormente, acompañar y sostener el camino de formación permanente de las consagradas. Para llevar a cabo estas tareas tan importantes y exigentes, el obispo tendrá que valorizar los recursos presentes en la diócesis, en primer lugar la experiencia y la competencia de las mismas vírgenes consagradas, y activar las colaboraciones oportunas para establecer con eficacia los itinerarios de discernimiento vocacional y de formación, a fin de evitar la vaguedad, la incoherencia, la prisa, el riesgo de una excesiva uniformidad que no sería respetuosa de la singularidad de cada vocación, y el riesgo opuesto del individualismo que socavaría no sólo la adquisición del sentido de pertenencia al *Ordo virginum*, sino más profundamente la comprensión del valor eclesial de esta consagración.

Concluyo con dos breves consideraciones. El haber vuelto a proponer esta forma de vida en la Iglesia podría parecer un anacronismo, pero es un acto de confianza en la acción del Espíritu, que está llevando a muchas mujeres a elegir e interpretar esa vocación a la luz del camino recorrido por la Iglesia a través de los siglos y según las necesidades del contexto histórico actual: se trata de un verdadero camino de santificación, fascinante y exigente.

Por último, la reaparición del *Ordo virginum*, vocación específicamente femenina, es un dato significativo no sólo para la comprensión y valorización de la presencia de las mujeres en el pueblo de Dios, sino también, y más radicalmente, con el fin de profundizar en la consciencia que la Iglesia tiene de sí misma como Esposa de Cristo, Pueblo de Dios que en la historia camina hacia el cumplimiento escatológico.

Con confianza y esperanza encomendamos, pues, a la intercesión de la Virgen María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, todo el *Ordo Virginum* y las mujeres que en el futuro le pertenecerán, junto con la acogida de esta Instrucción.

Viaje apostólico a Bari

Encuentro Ecuménico



Introducción del Pontífice a la oración ecuménica

Contra la indiferencia homicida

«Queremos ser una voz que combate el homicidio de la indiferencia. Queremos dar voz a quien no tiene voz, a quien solo puede tragarse las lágrimas, porque hoy Oriente Medio llora, hoy sufre y calla, mientras otros lo pisotean en busca de poder y riquezas»: lo subrayó con fuerza el Papa durante la advertencia con la que introdujo la oración ecuménica por la paz con los patriarcas de la región de Oriente Medio, que se llevó a cabo el sábado por la mañana, 7 de julio, en el paseo marítimo de Bari.

Queridos hermanos:

Hemos llegado como peregrinos a Bari, ventana abierta al cercano Oriente, llevando en el corazón a nuestras Iglesias, a los pueblos y a tantas personas que viven en situación de gran sufrimiento. A ellos les decimos: «Estamos cerca de vosotros». Queridos hermanos, os agradezco de corazón por haber venido hasta aquí con generosidad y premura. Y estoy muy agradecido a todos vosotros, que nos hospedáis en esta ciudad, ciudad del encuentro, ciudad de la acogida.

En nuestro camino común nos sostiene la Santa Madre de Dios, venerada aquí como Odegitria: la que muestra el camino. Aquí descansan las reliquias de san Nicolás, obispo de Oriente, cuya veneración surca los mares y atraviesa las fronteras entre las Iglesias. Que el Santo milagroso interceda para curar las heridas que tantos llevan dentro. Aquí contemplamos el horizonte y el mar y nos sentimos impulsados a vivir esta jornada con la mente y el corazón dirigidos a Oriente Medio, encrucijada de civilizaciones y cuna de las grandes religiones monoteístas.

Allí nos visitó el Señor, «sol que nace de lo alto» (Lc 1, 78). Desde allí, la luz de la fe se propagó por el mundo entero. Allí han surgido los frescos manantiales de la espiritualidad y del monacato. Allí se conservan ritos antiguos únicos e inestimables riquezas del arte sacro y de la teología; allí pervive la herencia de los grandes Padres en la fe. Esta tradición es un tesoro que hemos de custodiar con todas nuestras fuerzas, porque en Oriente Medio están las raíces de nuestras mismas almas.

Pero sobre esta espléndida región se ha ido concentrando, especialmente en los últimos años, una densa nube de tinieblas: guerra, violencia y destrucción, ocupaciones y diversas formas de fundamentalismo, migraciones forzosas y abandono, y todo esto en medio del silencio de tantos y la complicidad de muchos. Oriente Medio se ha vuelto una tierra de gente que deja la propia tierra. Y existe el riesgo de que se extinga la presencia de nuestros hermanos y hermanas en la fe, desfigurando el mismo rostro de la región, porque un Oriente Medio sin cristianos no sería Oriente Medio.

Esta jornada inicia con la oración, para que la luz divina disipe las tinieblas del mundo. Ya hemos encendido, delante de san Nicolás, la «lámpara de una sola llama», símbolo de la unicidad de la Iglesia. Juntos deseamos encender hoy una



llama de esperanza. Que las lámparas que colocaremos sean signo de una luz que aun brilla en la noche. Los cristianos, de hecho, son luz del mundo (cf. Mt 5, 14), pero no solo cuando todo a su alrededor es radiante, sino también cuando, en los momentos oscuros de la historia, no se resignan a las tinieblas que todo lo envuelven y alimentan la mecha de la esperanza con el aceite de la oración y del amor. Porque, cuando se tienden las manos hacia el cielo en oración y se da la mano al hermano sin buscar el propio interés, arde y resplandece el fuego del Espíritu, Espíritu de unidad, Espíritu de paz. Recemos unidos, para pedir al Señor del cielo esa paz que los poderosos de la tierra todavía no han conseguido encontrar. Que desde el curso del Nilo hasta el Valle del Jordán y más allá, pasando por el Orontes, el Tigris y el Éufrates, resuene el grito del Salmo: «La paz contigo» (122, 8). Por los hermanos que sufren y por los amigos de cada pueblo y religión, repitamos: *La paz contigo*. Con el salmista, lo imploramos de modo particular para Jerusalén, la ciudad santa amada por Dios y herida por los hombres, sobre la cual el Señor aún llora: *La paz contigo*.

La paz: es el grito de tantos Abeles de la actualidad que sube al trono de Dios. Pensando en ellos, no podemos ya más permitirnos decir, ni en Oriente Medio ni en cualquier otra parte del mundo: «¿Soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4, 9). La indiferencia mata, y nosotros queremos ser una voz que combate el homicidio de la indiferencia. Queremos dar voz a quien no tiene voz, a quien solo puede tragarse las lágrimas, porque hoy Oriente Medio llora, hoy sufre y calla, mientras otros lo pisotean en busca de poder y riquezas. Para los pequeños, los sencillos, los heridos, para aquellos que tienen a Dios de su parte, nosotros imploramos: *La paz contigo*. Que el «Dios de todo consuelo» (2 Co 1, 3), que sana los corazones destrozados y venda las heridas (cf. Sal 147, 3), escuche hoy nuestra oración.

Desde Bari el llamamiento del Papa por la paz en Oriente Medio

Escuchar el grito de los niños

En Oriente Medio «un número aterrador de niños llora a causa de muertes violentas en sus familias y ve amenazada su tierra natal, a menudo con la única posibilidad de tener que huir. Que la humanidad –os ruego– escuche el grito de los niños». Es el sentido llamamiento lanzado por el Papa Francisco en Bari, desde la basílica de San Nicolás, el sábado 7 de julio por la mañana.

Queridos hermanos y hermanas

Estoy muy agradecido por este encuentro que hemos tenido la gracia de vivir. Nos hemos ayudado a redescubrir nuestra presencia como cristianos en Oriente Medio, como hermanos. Y será tanto más profética cuanto más manifieste a Jesús, el Príncipe de la paz (cf. *Is* 9, 5). Él no empuña la espada, sino que le pide a los suyos que la metan de nuevo en la vaina (cf. *Jn* 18, 11). También nuestro modo de ser iglesia se ve tentado por la lógica del mundo, lógica de poder y de ganancia, lógica apresurada y de conveniencia. Y está nuestro pecado, la incoherencia entre la fe y la vida, que oscurece el testimonio. Sentimos una vez más que debemos convertirnos al Evangelio, garantía de auténtica libertad, y hacerlo con urgencia ahora, en la noche del Oriente Medio en agonía. Como en la noche angustiosa de Getsemaní, no será la huida (cf. *Mt* 26, 56) o la espada (cf. *Mt* 26, 52) lo que anticipe el radiante amanecer de la Pascua, sino el don de sí a imitación del Señor. La buena noticia de Jesús, crucificado y resucitado por amor, que nos llegó desde las tierras de Oriente Medio, ha conquistado el corazón del hombre a lo largo de los siglos porque no está ligada a los poderes del mundo, sino a la fuerza inerte de la Cruz. El Evangelio nos obliga a una conversión diaria a los planes de Dios, a que encontremos solo en él seguridad y consuelo, para anunciarlo a todos y a pesar de todo. La fe de las personas sencillas, tan profundamente arraigada en Oriente Medio, es la fuente en la que debemos saciar y purificar, como sucede cuando volvemos a los orígenes, yendo como peregrinos a Jerusalén, a Tierra Santa o a los santuarios de Egipto, Jordania, Líbano, Siria, Turquía y de otros lugares sagrados de esa región.

Alentándonos mutuamente, hemos dialogado fraternalmente. Ha sido un signo de que el encuentro y la unidad hay que buscarlos siempre, sin temer las diferencias. Así también la paz: hay que cultivarla también en las áridas tierras de las contraposiciones, porque hoy, a pesar de todo, no hay alternativa posible a la paz. La paz no vendrá gracias a las treguas sostenidas por muros y pruebas de fuerza, sino por la voluntad real de escuchar y dialogar. Nosotros nos comprometemos a caminar, orar y trabajar, e imploramos que el arte del encuentro prevalezca sobre las estrategias de confrontación, que la ostentación de los amenazantes signos de poder deje paso al poder de los signos de esperanza: hombres de buena voluntad y de diferentes credos que no tienen

miedo de hablarse, de aceptar las razones de los demás y de cuidarse unos a otros. Solo así, cuidando que a nadie le falte pan y trabajo, dignidad y esperanza, los gritos de guerra se transformarán en cantos de paz. Para ello es esencial que quien tiene el poder se ponga decidida y sin más dilaciones al servicio verdadero de la paz y no al de los propios intereses. ¡Basta del beneficio de unos pocos a costa de la piel de muchos! ¡Basta de las ocupaciones de las tierras que desgarran a los pueblos! ¡Basta con el prevalecer de las verdades parciales a costa de las esperanzas de la gente! ¡Basta de usar a Oriente Medio para obtener beneficios ajenos a Oriente Medio! La guerra es la plaga que trágicamente asalta esta amada región. Quien lo sufre es sobre todo la gente pobre. Pensemos en la martirizada Siria, especialmente en la provincia de Deraa, donde se han reanudado intensos combates que han provocado un gran número de personas desplazadas, expuestas a terribles sufrimientos. La guerra es hija del poder y la pobreza. Se vence renunciando a la lógica de la supremacía y erradicando la miseria. Muchos conflictos han sido fomentados también por formas de fundamentalismo y fanatismo que, disfrazados de pretextos religiosos, han blasfemado en realidad el nombre de Dios, que es paz, y han perseguido al hermano que desde siempre ha vivido al lado. Pero la violencia se alimenta siempre de las armas. No se puede levantar la voz para hablar de paz mientras a escondidas se siguen desenfundadas carreras de rearme. Es una gravísima responsabilidad que pesa sobre la conciencia de las naciones, especialmente de las más poderosas. No olvidemos el siglo pasado, no dejemos de lado las lecciones de Hiroshima y Nagasaki, no convirtamos las tierras de Oriente, donde apareció el Verbo de paz, en oscuras extensiones de silencio. Basta de contraposiciones obstinadas, basta de la sed de ganancia, que no se detiene ante nadie con tal de acaparar depósitos de gas y combustible, sin ningún cuidado por la casa común y sin ningún escrúpulo en que el mercado de la energía dicte la ley de la convivencia entre los pueblos.

Que para abrir caminos de paz, se vuelva la mirada en cambio hacia quien suplica poder vivir fraternalmente con los demás. Que se proteja la presencia de todos no solo de los que son mayoría. Que se abra también de par en par en Oriente Medio el camino del derecho a una común ciudadanía, camino para un futuro renovado. También los cristianos son y ha de ser ciudadanos a título pleno, con los mismos derechos.

Profundamente angustiados, pero nunca privados de esperanza, volvemos la mirada a Jerusalén, ciudad para todos los pueblos, ciudad única y sagrada para los cristianos, judíos y musulmanes de todo el mundo, cuya identidad y vocación ha de ser preservada más allá de las distintas disputas y tensiones, y cuyo *status quo* exige que sea respetado de acuerdo con lo deliberado por la Comunidad internacional y repetidamente formulado por las comunidades cristianas de Tierra Santa. Solo una solución negociada entre israel-



lís y palestinos, firmemente deseada y favorecida por la Comunidad de naciones, podrá conducir a una paz estable y duradera, y asegurar la coexistencia de dos Estados para dos pueblos. La esperanza tiene el rostro de los niños. En Oriente Medio, durante años, un número aterrador de niños llora a causa de muertes violentas en sus familias y ve amenazada su tierra natal, a menudo con la única posibilidad de tener que huir. Esta es la muerte de la esperanza. Son demasiados los niños que han pasado la mayor parte de sus vidas viendo con sus ojos escombros en lugar de escuelas, oyendo el sordo estruendo de las bombas en lugar del bullicio festivo de los juegos. Que la humanidad –os ruego– escuche el grito de Dios (cf. *Sal* 8, 3). Solo secando sus lágrimas el mundo encontrará la dignidad.

Pensando en los niños –¡No nos olvidemos de los niños!–, dentro de poco lanzaremos al aire, junto con algunas palomas, nuestro deseo de paz. Que el anhelo de paz se eleve más alto que cualquier nube oscura. Que nuestros corazones se mantengan unidos y vueltos al cielo, esperando que, como en los tiempos del diluvio, regrese el tierno brote de la esperanza (cf. *Gn* 8, 11). Y que Oriente Medio no sea más un arco de guerra tensado entre los continentes, sino un arco de paz acogedora para los pueblos y los credos. Amado Oriente Medio, que desaparezcan de ti las tinieblas de la guerra, del poder, de la violencia, de los fanatismos, de los beneficios injustos, de la explotación, de la pobreza, de la desigualdad y de la falta de reconocimiento de los derechos. «Que la paz descienda sobre ti» (*Sal* 122, 8) –repetamos juntos: «Que la paz descienda sobre ti»–, en ti la justicia, sobre ti descienda la bendición de Dios. Amén.



El ecumenismo del Evangelio de la paz

MARCELO FIGUEROA

San Nicolás, patrono de Turquía, Grecia y Rusia descansa en la ciudad de Bari, pero bien podría hacerlo en la ciudad turca de Myra donde fue obispo y murió a mediados del siglo IV. Sin embargo, la providencia quiso que su veneración santa alcanzara el este de Europa sustentada por una serie de milagros atribuidos a su intermediación desde el traslado de sus reliquias al sur de Italia. Es por ello que ese santuario en Bari se constituye inequívocamente en un lugar paradigmático para el encuentro y la santidad interconfesional entre Oriente y Occidente. Allí, la oración silenciosa con la que Papa Francisco comenzó la jornada ecuménica en la mañana del 7 de julio se transformó en un grito de paz profundo, fuerte y extenso que atravesó territorios, tiempos, culturas y confesiones cristianas. El trueno silencioso de la oración del Papa fue acompañado por el rayo infinito de la luz del Evangelio de la paz en el momento en que se encendió la «lámpara uniflame» con un claro simbolismo de unidad indisoluble en la diversidad cristiana. Era necesario que a los tres adjetivos para el ecumenismo que el cardenal Koch utilizara en el anuncio de este histórico peregrinar de Francisco: el de «la vida», «la santidad» y la «la sangre» se le agregara otro que los contuviera. Un nuevo calificativo que se transforme en un hilo invisible pero irrompible que sirva para conjugar verbos que muevan a la esperanza en medio de tantos sustantivos agotados en nombrar demasiados desconsuelos. Y ese adjetivo imprescindible lo acercó el canto peregrino de David en su Salmo 122 «¡La paz sea contigo!». Sería entonces el «ecumenismo de la paz» el que una a cristianos de todo el mundo por Oriente Medio ese día. Ya en el encuentro de oración en donde participaron ministros de más de veinte iglesias de Oriente Medio, ortodoxos, católicos y luteranos, el Papa Francisco retomó las imágenes recientes de la luz, fe y tradición en las riquezas y herencia de los Padres de nuestra fe común «porque en Oriente Medio están las raíces de nuestras mismas almas». Pero a aquellas conmociones espirituales cósmicas y luminosas de los primeros gestos era menester confrontarlas con las fuerzas tenebrosas que oscurecieron esas tierras con guerras, destrucción y silencios muy diferentes al del inicio de la jornada, sordos de dolor o callados por la complicidad. Y a esa grotesca deformación de la belleza de los pueblos que abrazaron hace siglos el Evangelio, el Papa Francisco no dudó en advertir que pueden hasta llegar a «desfigurar el mismo rostro de la región, porque un Oriente Medio sin cristianos no sería Oriente Medio». Y es justamente a ese horrendo espejo deformante del rostro del Cristo sufriente en el semblante de tantos hermanos que es menester contraponer con la imagen luminosa del Jesús victo-

rioso y con ella hacer arder y resplandecer «el fuego del Espíritu, Espíritu de unidad, Espíritu de paz». Esa esperanza luminosa debe seguir los pasos hermenéuticos de ese mismo Salmo davidico que reza en el verso sexto: «Pidamos por la paz de Jerusalén». Por ello el Pontífice instó a repetir e implorar «...de modo particular para Jerusalén, la ciudad santa amada por Dios y herida por los hombres, sobre la cual el Señor aún llora: La paz contigo». Ese grito de esperanza, esa luz que enfrenta sin temores las tinieblas y ese llamado unido a la paz, tuvo una significativa invitación a la incondicionalidad ante todo pronombre posible por parte Teodoro II. El Papa de Alejandría rezando en lengua árabe expresó: «Señor, te agradecemos por cualquier condición, con cualquier condición y en cualquier condición. Porque Tú nos has protegido, nos has ayudado, nos has preservado, nos has acogido, nos has salvado y nos has sostenido». Promediando la jornada, el Papa Francisco desde el atrio de la Basílica de San Nicolás acompañó a las brisas marinas con vientos suaves pero firmes de una voz profética cristiana que enfrente la «lógica del mundo, lógica de poder y de ganancia, lógica apresurada y de conveniencia». Y la voz profética es la buena noticia de Jesús, crucificado y resucitado y la paz que se debe buscar como signo inequívoco y a la altura de semejante pertenencia en Cristo. Una paz que «hay que cultivarla también en las áridas tierras de las contraposiciones, porque hoy, a pesar de todo, no hay alternativa posible a la paz. La paz no vendrá gracias a las treguas sostenidas por muros y pruebas de fuerza, sino por la voluntad real de escuchar y dialogar». Solo de esa manera aquellos «signos de poder» dejarán paso a los «signos de esperanza». Una naciente esperanza que para decir «ahora», también debe saber decir «basta». «¡Basta del beneficio de unos pocos a costa de la piel de muchos! ¡Basta de las ocupaciones de las tierras que desgarran a los pueblos! ¡Basta con el prevalecer de las verdades parciales a costa de las esperanzas de la gente! ¡Basta de usar a Oriente Medio para obtener beneficios ajenos a Oriente Medio! Y así como la raíz de la paz y la fe se debe buscar en los santos de los primeros siglos, la esperanza según el Papa Francisco tendrá «el rostro de los niños». Y fue pensando en ellos que se lanzó al aire junto con algunas palabras el deseo ecuménico de paz con el anhelo de que se eleve más alto que cualquier nube oscura. Y al terminar el día de oración ecuménica se podrá releer el Salmo 122 con una exégesis renovada en esperanza y paz, comenzando por sus primeros versos: «Yo me alegro cuando me dicen: Vamos a la casa del Señor». Vayamos juntos, cristianos unidos en la diversidad reconciliada peregrinando con los hermosos pies que anuncian el Evangelio de la paz (*Romanos* 10, 15).



Alimentación un frágil derecho

FERNANDO CHICA ARELLANO

La Declaración Universal de los Derechos Humanos, promulgada por la ONU en el mes de diciembre de 1948, incluía por primera vez el que podríamos denominar derecho a una alimentación digna. En su artículo 25 podemos leer que toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios.

El magisterio pontificio no dudó ni tardó mucho en recoger la misma idea, casi con las mismas palabras. Así, al tratar de los derechos humanos, la *Pacem in terris* de san Juan XXIII (1963) incluye el derecho a los medios necesarios para un decoroso nivel de vida, los cuales son, principalmente, el alimento, el vestido, la vivienda, el descanso, la asistencia médica y, finalmente, los servicios indispensables que a cada uno debe prestar el Estado (n.11). Con todo, y a pesar de ser una formulación satisfactoria, ya por esos años se apreciaba la necesidad de un desarrollo. Por una parte, la importancia del asunto requería que el derecho a la alimentación fuera tratado de forma específica, individualizado. Pero no era ésta la principal cuestión. La Declaración de la ONU estaba configurada como la enumeración de derechos que la persona puede esgrimir ante el Estado, cada uno el suyo. Sin embargo, la malnutrición afectaba a países enteros, que, o bien carecían de los necesarios recursos para cumplir con ese deber tan primario, o eran víctimas de conflictos o de graves catástrofes naturales. Se hacía por tanto imprescindible un tratamiento global del problema. La propia Declaración lo reconocía en su artículo 28, al señalar que toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos. Puede ser discutible la redacción en cuanto a la técnica jurídica —¿ante quién puede el individuo reclamar este derecho?—, pero lo que en realidad se quería decir es que quedaba pendiente para el futuro la tarea de establecer un orden solidario entre los pueblos, con la formulación de derechos y deberes. La Declaración de 1948 no se consideró, ni siquiera por sus propios autores, como la etapa final en materia de derechos humanos.

La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) promovió enseguida campañas contra el hambre en el mundo, inmediatamente secundadas por la Iglesia, tanto por *Caritas Internationalis* como por otras múltiples entidades. Sin embargo, estos esfuerzos, por aquellos años, con frecuencia estaban lastrados por una ideología malthusiana, que ponía el acento en el control de la población más que en la lucha contra el hambre propiamente dicha, y que con el paso de los años se ha revelado como falsa.

La Iglesia católica, en cambio, puso siempre el énfasis en el deber de solidaridad internacional, formulado

en la Constitución *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II (cf. n. 86). Su desarrollo, en lo que respecta a la alimentación, fue realizado por la Encíclica *Populorum progressio*, de Pablo VI, en 1967. No hay espacio aquí para recoger todo lo que dice; bastará con indicar que, tras la declaración del gravísimo deber de solidaridad entre los pueblos, el Papa Montini hace un llamamiento a la ayuda y a la creación de un fondo mundial contra el hambre, sin dejar de señalar que el objetivo final es que cada nación tenga los recursos necesarios para ser protagonista de

los que lo han hecho posible. Por supuesto, eso no quiere decir que el problema esté resuelto. Hay muchos males que hacen resurgir el jinete apocalíptico del hambre, entre ellos guerras, catástrofes naturales y regímenes tiránicos e ineficaces que arruinan una nación entera. Pero también aquí todos estos años han sido testigos del esfuerzo de profesionalización de muchas instituciones que combaten el hambre en el mundo, entre ellas la FAO. Ciertamente es una tarea que no llega a los titulares de la prensa —el trabajo constante y bien hecho no suele ha-



su desarrollo y dar adecuadamente de comer a su propia población.

En las décadas posteriores, ese clamor, eclesial y civil, acerca de la deficiente alimentación y el hambre en el mundo ha disminuido bastante. El motivo no ha sido la falta de preocupación. Por el contrario, se ha trabajado y se ha hecho mucho. Una cita de la Encíclica *Centesimus annus*, de san Juan Pablo II, nos permite conocer el nuevo enfoque que se le da al asunto: «No es lícito [...] exigir o pretender su pago [de la deuda contraída por créditos a un país] cuando éste vendría a imponer de hecho opciones políticas tales que llevaran al hambre y a la desesperación a poblaciones enteras» (n.35). El desarrollo de muchos países —modesto, pero en principio suficiente para dar de comer dignamente a la población— no debe ponerse en peligro por la incapacidad de devolver íntegramente los crédi-

cerlo—, pero que ha resuelto y resuelve multitud de problemas y de situaciones de emergencia. Además, poco a poco ha ido calando en personas y naciones este deber de solidaridad entre todos los hombres de la Tierra, y la humanidad ha visto respuestas generosas hacia pueblos remotos y hasta ese momento casi desconocidos por numerosos donantes.

Muchos en Occidente no logran del todo darse cuenta de que, si bien en bastantes sitios se ha combatido con éxito el hambre, persiste sin embargo su amenaza. Es algo que en economías precarias ha sucedido siempre. Este año podemos comer bien, sí, pero una mala cosecha, una catástrofe natural o una guerra significa que el próximo año no será así. Por desgracia, los nefastos efectos del cambio climático y el aumento de conflictos —con millones de refugiados— han convertido lo posible

en real. En la presente década, cuando ya parecía que avanzábamos en la solución del problema del 11% de la población mundial con malnutrición, lamentablemente han vuelto a crecer las cifras de los hambrientos.

Esta penosa realidad es la que está abordando insistentemente el actual Pontífice, el Papa Francisco. El Santo Padre lleva muy clavado en su alma el drama del hambre en el mundo. Hay muchas referencias al respecto, entre las que descuella un significativo discurso. En mi opinión resume atinadamente todo su pensamiento sobre el tema que nos ocupa. Me refiero al pronunciado en la sede de la FAO, con motivo del Día Mundial de la Alimentación, el pasado 16 de octubre de 2017. Podemos situar la clave de su mensaje en el hecho de que no habla del derecho a la alimentación, sino más bien del derecho a la seguridad alimentaria. La precariedad a este respecto pudo haber sido inevitable en otras épocas de la humanidad, pero, con los recursos disponibles hoy, ya no lo es. Por eso, Francisco señala que la realidad actual reclama una mayor responsabilidad a todos los niveles, no sólo para garantizar la producción necesaria o la equitativa distribución de los frutos de la tierra, sino sobre todo para garantizar el derecho de todo ser humano a alimentarse según sus propias necesidades.

Con todo, no será solamente un sentido de solidaridad lo que mueva esta actuación, sino sobre todo la conciencia de una fraternidad universal. Esto incide en lo más genuino del mensaje cristiano, que predica el amor al prójimo como seña de identidad.

El Papa, en consecuencia, invita a dar lo mejor del ser humano en este esfuerzo por erradicar toda insuficiencia alimentaria en el mundo, invita a no quedarse en la mera retórica para pasar a acciones concretas y tangibles, a gestos e iniciativas eficaces que levanten de la postración a quien carece del pan cotidiano. Y todo ello radicados en el firme cimiento del amor. Así pudo afirmarlo sin ambages en la FAO: No podemos actuar solo si los demás lo hacen, ni limitamos a tener piedad (en el sentido de un mero y saltuario sentimentalismo), porque la piedad se limita a las ayudas de emergencia, mientras que el amor inspira la justicia y es esencial para llevar a cabo un orden social justo entre realidades distintas que aspiran al encuentro recíproco. Amar significa contribuir a que cada país aumente la producción y llegue a una autosuficiencia alimentaria.

Amar se traduce en pensar en nuevos modelos de desarrollo y de consumo, y en adoptar políticas que no empeoren la situación de las poblaciones menos avanzadas o su dependencia externa. Amar significa no seguir dividiendo a la familia humana entre los que gozan de lo superfluo y los que carecen de lo necesario.

Que estas palabras del Obispo de Roma se hagan realidad para beneficio de los menos favorecidos y sirvan de acicate a las conciencias para terminar con la indiferencia hacia los pobres y postergados y eliminar de una vez por todas el flagelo del hambre en el mundo.

Tiziano, «La Virgen con el niño y santos». El artista italiano del renacimiento pintó este gran retablo entre 1533 y 1535. Es un lienzo al óleo que el Papa Clemente XIV adquirió en torno al 1770 para el palacio pontificio del Quirinal de Roma, aunque nunca se expuso allí, sino que pasó a San Pedro en Montorio. En 1820 entró a formar parte de la Pinacoteca Vaticana de Pío VII. Representa a la Virgen con el Niño y ángeles en las nubes y, abajo, a los santos Catalina, Nicolás, Pedro, Antonio, Francisco y Sebastián en recogimiento



Del Vaticano a México

Gran exposición en el antiguo colegio de San Ildefonso

SILVIA GUIDI

Nueve salas y más de 1650 metros cuadrados de exposición, en el espléndido y antiguo colegio de San Ildefonso en la Ciudad de México, albergan ciento ochenta obras de los Museos Vaticanos, la Fábrica de San Pedro, la Biblioteca Apostólica Vaticana, la Sacristía Papal y el Museo del tesoro de la Basílica de San Juan de Letrán, que conserva espléndidos muebles litúrgicos, sin olvidar pinturas y testimonios de los museos locales más importantes, del archivo histórico de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús y de colecciones privadas.

La exposición *Vaticano: De San Pedro a Francisco. Dos mil años de arte e historia* —inaugurada el 18 de junio por el presidente Enrique Peña Nieto y accesible al público desde el miércoles 20— se ha llevado a cabo para celebrar el vigésimo quinto aniversario del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre el gobierno mexicano y la Santa Sede, que tuvo lugar el 21 de septiembre de 1992. Y quiere dar testimonio, a través del arte y la cultura, de un diálogo todavía en curso, reiniciado hace un cuarto de siglo, un resultado concreto —reiteró la ministra de Cultura, María Cristina García Cepeda, durante la rueda de prensa— de los vínculos culturales que México ha establecido con el mundo.

Durante toda la duración de la exposición, abierta hasta el 28 de octubre con entrada gratuita y registro a través de www.desanpedroafrancisco.com, el visitante podrá ver de cerca piezas que nunca han salido de los Museos (como en el caso de *La Anunciación* de Marcello Venusti, restaurada para la ocasión) y recorrer la historia de dos milenios de la Iglesia católica a través de un itinerario que se desata a partir de la sección «Los fundamentos de la Iglesia: la sangre de los mártires» para llegar hasta nuestros días. Desde San Pedro al Papa Francisco deteniéndose en temas particularmente significativos para los cristianos, como la construcción de la basílica vaticana, en profundidad, explicados e ilustrados con infografías, vídeo y animaciones.

La pieza más antigua se remonta al primer siglo de la era cristiana, mientras que la más reciente es de la elección del Papa Bergoglio; la muestra ha sido comisariada por Barbara Jatta, directora de los Museos Vaticanos; Alessandra Rodolfo, Adele Breda, Sandro Barbagallo y Pietro Zander y por los miembros de la Comisión Museológica y Museográfica Miguel Ángel Fernández y José Enrique Ortiz Lanz, coordinados por Bertha Cea Echenique y Antonio Berumen.

Una ocasión valiosa, continuó la ministra María Cristina García Cepeda, «seguramente sorprendente para quien reserve una visita», ya que «el arte y la cultura representan el diálogo más franco, directo y efectivo entre los seres humanos. El arte comunica, une, el arte trae paz y armonía». Para los mexicanos, también será una oportunidad para ver



de nuevo —pero enmarcado en un contexto diferente— obras maestras que ya conocen, pero como el retrato de la hermana Juana Inés de la Cruz, de Juan Miranda, una espléndida pintura al óleo del siglo XVIII, o san Dionisio Papa y confesor de Miguel Cabrera, también del siglo XVIII.

Vuelve a la mente la emotiva historia de Karitina, setenta y siete años de Querétaro, que en junio de hace un año, después de un tour «virtual» por la Capilla Sixtina en México (gracias a la simulación desarrollada por el director Gabriel Barumen en colaboración con los Museos Vaticanos) ganó un premio de un viaje a Roma.

«Entrar en la verdadera Sixtina es una emoción increíble —dijo Karitina, en el dialecto nahuatl, el antiguo lenguaje uto-azteca— no sé cómo decirlo, se respira a Dios». El hermanamiento entre México y la Santa Sede continúa, esta vez llevando un poco del Vaticano a América Latina de una manera no virtual.